



Fiesta de la Conversión de San Pablo

Clausura del octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos

Queridos hermanos: Concluimos nuestros ocho días de oración por la unidad de los cristianos en la fiesta de la Conversión del Apóstol san Pablo. En ella hacemos memoria de la experiencia de encuentro con Cristo resucitado, que san Pablo tuvo en el camino de Damasco y que solemos llamar su conversión.

Precisamente en el camino de Damasco, en los inicios de la década del año 30 del siglo primero, después de un período en el que había perseguido a la Iglesia, sucedió el acontecimiento más decisivo de la vida de san Pablo, que dio lugar a una transformación total de la orientación de su vida. A partir de entonces comenzó a considerar “pérdida” y “basura” todo lo que antes constituía para él el máximo ideal y la razón de ser de su existencia (cf Flp 3, 7-8) **¿Qué es lo que sucedió?**

Hemos escuchado en la primera lectura uno de los tres relatos de la conversión de Pablo que Lucas incluye en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Al considerar el mensaje del texto es de menor interés detenerse demasiado en los detalles, tales como la luz del cielo, la caída a tierra, la voz que llama, la ceguera, la curación por la caída de una especie de escamas de los ojos y el ayuno.

Lo más importante es el acontecimiento central al que se refieren esos detalles: **Cristo resucitado se presenta a Saulo como una luz espléndida y tiene con él un diálogo que transforma sus ideas y su vida misma.**

El esplendor del Resucitado lo deja ciego; así se representa también exteriormente lo que era su realidad interior, su ceguera respecto de la verdad, de la luz que es Cristo. Y después de su “sí” definitivo a Cristo en el bautismo se abren de nuevo sus ojos y comienza a ver realmente la luz. En Saulo se realiza también físicamente todo lo que se significa espiritualmente: una vez curado de su ceguera interior, recupera también la visión exterior. Saulo, por tanto, no fue transformado por un pensamiento, sino por un encuentro, por la presencia viva del Resucitado, de la cual ya nunca podrá dudar. Ese acontecimiento cambió radicalmente la vida de Saulo. En este sentido se puede y se debe hablar de una conversión.

Al mismo acontecimiento de su conversión se refiere san Pablo en sus cartas. Él mismo nunca habló detalladamente de este suceso, tal vez porque todos sabían que de perseguidor había sido transformado en apóstol ferviente de Cristo. Eso no había sucedido como fruto de su propia reflexión, sino de un encuentro con el Resucitado. Sin dar detalles, en muchas ocasiones alude a este hecho importantísimo, es decir, al hecho de que también él es testigo de la resurrección de Jesús, cuya revelación recibió directamente del mismo Jesús, junto con la misión de apóstol.



El texto más claro sobre esta revelación del resucitado se encuentra en su relato sobre la muerte y la resurrección de Jesús y sobre las apariciones a los testigos (cf. 1 Co 15). Con palabras de una tradición muy antigua, dice san Pablo que Jesús murió crucificado, fue sepultado y, tras su resurrección, se apareció primero a Cefas, es decir, a Pedro, luego a los Doce, después a quinientos hermanos, que en gran parte todavía vivían, luego a Santiago y a todos los apóstoles. Al final de este relato añade: **“Y por último se me apareció también a mí”** (1 Co 15, 8). Así deja claro que esta aparición es el fundamento de su apostolado y de su nueva vida.

Hay también otros textos en los que expresa lo mismo: “Por medio de Jesucristo hemos recibido la gracia del apostolado” (Rm 1, 5); y también: “¿Acaso no he visto a Jesús, Señor nuestro?” (1 Co 9, 1). Y, por último, el texto más amplio es éste de la Carta a los Gálatas: “Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia **tuvo a bien revelar en mí a su Hijo**, para que le anunciase entre los gentiles, al punto, sin pedir consejo ni a la carne ni a la sangre, sin subir a Jerusalén donde los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde nuevamente volví a Damasco” (Ga 1, 15-17). En esta defensa de sí mismo subraya con decisión que también él es verdadero testigo del Resucitado y tiene una misión recibida directamente del mismo Cristo.

Resulta, pues, que los textos de los Hechos de los Apóstoles y las Cartas del mismo Pablo coinciden en el contenido fundamental: el Resucitado habló a san Pablo, lo llamó al apostolado, hizo de él un verdadero apóstol, testigo de la Resurrección, con el encargo peculiar de anunciar el Evangelio a los paganos, al mundo grecorromano.

Al mismo tiempo, **san Pablo aprendió que, a pesar de su relación inmediata con el Resucitado, debía entrar en la comunión de la Iglesia, debía hacerse bautizar, debía vivir en sintonía con los demás apóstoles.** Sólo en esta comunión con todos podía ser un verdadero apóstol, como escribe explícitamente en la Primera Carta a los Corintios: “Tanto ellos como yo esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído” (1 Co 15, 11). Sólo existe un anuncio del Resucitado, porque Cristo es uno solo.

En todos estos textos, san Pablo no califica la aparición del Resucitado a él como un hecho de propia conversión. ¿Por qué? Porque es evidente que el cambio total de su vida no fue fruto de un proceso psicológico, de una maduración moral e intelectual, sino que llegó desde fuera: no fue fruto de su pensamiento, sino del encuentro con Jesucristo vivo. En este sentido no fue sólo una conversión, una maduración de su “yo”; fue una gracia de muerte y resurrección para él mismo: murió una existencia suya y nació otra nueva con Cristo resucitado. En adelante, sólo tiene valor para Pablo la vida en Cristo. Únicamente de esta forma se puede explicar la conversión de san Pablo.

Sin embargo, es claro que **san Pablo no aceptó a ciegas este acontecimiento tan trascendental en su vida.** Porque Cristo es la luz de la verdad, el encuentro con el Resucitado ensanchó el corazón de Pablo y lo abrió a todos. En ese momento no perdió



cuanto había de bueno y de verdadero en su vida, en su herencia, sino que comprendió de forma nueva la sabiduría, la verdad, la profundidad de la ley y de los profetas; se apropió de ellos de un modo nuevo. Al mismo tiempo, su razón se abrió a la sabiduría de los paganos. Al abrirse a Cristo con todo su corazón, se hizo capaz de entablar un diálogo amplio con todos, se hizo capaz de hacerse todo a todos. Así realmente podía ser el Apóstol de los gentiles.

En relación con nuestra vida, podemos preguntarnos: ¿Qué quiere decir esto para nosotros? Quiere decir que el cristianismo no es para nosotros una filosofía nueva o una nueva moral. Sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo. Ciertamente no se nos muestra de esa forma irresistible, luminosa, como hizo con san Pablo para convertirlo en Apóstol de todas las gentes. Pero también nosotros podemos encontrarnos con Cristo en la lectura de la sagrada Escritura, en la oración, en la vida litúrgica de la Iglesia. Podemos tocar el corazón de Cristo y sentir que él toca el nuestro. Sólo en esta relación personal con Cristo, sólo en este encuentro con el Resucitado nos convertimos realmente en cristianos. Así se abre nuestra razón a toda la sabiduría de Cristo y a la riqueza de su verdad.

En relación con la Oración por la Unidad, ¿Qué nos dice la conversión de san Pablo? De igual manera que el encuentro con Cristo llevó a Pablo a la adhesión inquebrantable a la verdad de su enseñanza, hasta entonces rechazada, la conversión de los corazones a Cristo, buscada en la escucha orante de su Palabra, realizará en los cristianos separados la superación de las incomprensiones ancestrales, de los malentendidos y prejuicios, de la indiferencia y el desconocimiento recíprocos, y hará posible la purificación de la memoria histórica, el encuentro en el amor mutuo y la mirada sosegada y limpio a la verdad, que llevará a superar mediante el estudio y el diálogo teológico la divergencias doctrinales que todavía perduran.

La enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el camino hacia la unidad de los cristianos puso de relieve la necesidad de la conversión personal y comunitaria, y afirmó que “*no hay verdadero ecumenismo sin conversión interior*”(UR 7). La conversión nos hace capaces de reconocer la acción del Espíritu en la Iglesia católica y en otras Iglesias y comunidades eclesiales cristianas, de descubrir la presencia en todas ellas de ejemplos de santidad, y de tener experiencia personal de la riqueza de la comunión de los santos.

En consecuencia, el Concilio afirmó que “esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones públicas y privadas por la unidad de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecuménico y pueden llamarse con razón ecumenismo espiritual” (UR 7). Se avanza en el camino de la unidad según el amor que se tenga a Dios y a los hermanos, también a los que no están en plena comunión con nosotros. Del amor nace el deseo de unidad; el amor es artífice de comunión entre las personas y las comunidades; el amor halla su expresión más plena en la oración común.



Carlos López Hernández

La oración común de los cristianos manifiesta y reconoce *“los vínculos que siguen uniendo a los católicos con los hermanos separados”* (UR 8) y es un medio sumamente eficaz para alcanzar la gracia de la unidad, congregados en torno a Cristo, que nos ha asegurado: *“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18,20).

Salamanca, 25 de enero de 2011